

Huyendo dél un escuadron confuso
 Fin á sus ruegos y razones puso.
 ¿Quién dirá de una espada tan gallarda.
 Los golpes y heridas espantosas,
 Si ya á mi débil voz y lengua tarda
 Tan imposibles son como forzosas?
 Pecho de hierro, y trueno de lombarda,
 Se ahogará al tropel de tantas cosas,
 Donde en las que hoy obró el señor de Anglante
 Mil siglos tiene que la fama cante.
 Cual del frio risco, ó cavernosa gruta,
 Donde Eolo encierra los airados vientos
 De un ciego huracan tempestad bruta
 Al mar se arroja en soplos turbulentos,
 Donde su rabia horrída ejecuta
 Tropa sutil de espiritus violentos,
 Que trastornando el golfo hasta el profundo
 La firme basa hace temblar del mundo.
 Saca el turbio Neptuno su tridente,
 Y en horrible bramar los amenaza,
 Las ricas islas del Egeo potente
 Con olas sorbe y golpes despedaza:
 Clama Delo á su dios resplandeciente,
 Sérifo hunde su pequeña plaza,
 Tal del feroz Roldan la altiva y brava
 Violencia de una gente en otra andaba.
 Hierre, rompe, destroza, desbarata,
 Socorre, da favor, rinde, ahuyenta,
 Despedaza, desmiembra, corta, mata
 Cuanto delante el campo le presenta:
 A este el brazo, al otro le arrebató
 La mano, el rostro, y nada le contenta:
 Yelmos, escudos, petos, grevas, malla,
 Abolla, rompe, quiebra, corta, y talla.
 En esta horrible mortandad envuelto
 Llegó cuando Bernardo revolvía
 Sobre el feroz Morgan, que habiendo vuelto
 De su primer desmayo parecía
 Que entero un mundo en su furor revuelto
 De su arrogante brazo descendía
 Contra el gallardo jóven, que á otra parte
 Si le mira hará temblar á Marte.
 Y empezando los dos nueva batalla,
 El conde que llegó seguro á vella,
 Y á los primeros lances de miralla
 Su contrario español conoció en ella;
 Alegre de que en tal sazón se halla
 Por cuanto encuentra rompe y atropella,
 Gritando, «afuera que esta empresa es mía,
 Aquesta es mi venganza, este es mi día.»
 Puesto en medio los dos feroz retira
 A una parte á Morgante, y á Bernardo
 A dos manos dió un golpe con tal ira,
 Que le hizo humillar el brio gallardo:
 Mas el corzo colérico que mira
 La grave injuria del francés bastardo,
 Que en menosprecio suyo, y su arrogante
 Brazo, al de su furor pasó adelante.
 Sin mirar si es amigo, ó si enemigo,
 Sobre él tal tempestad de golpes llueve,
 Que el vivir le importó el seguro abrigo
 Del encantado yelmo un tiempo breve:
 Mas el leonés, que parte, y no testigo,
 Quiere ser de aquel campo, lo que debe
 Paga á dos manos con la fiera espada,
 Que piensa de los dos salir vengada.
 Cuando el franco Roldan al jóven fiero,
 Y á su enemigo en medio el campo rojo,
 «Venid, dice, los dos, que ambos espero
 Que muertos me pagueis mejor mi enojo:
 A entrambos juntos digo, á entrambos quiero,
 Por mi honra al uno, al otro por mi antojo,
 Que no se templará tambien mi saña
 Si una muerte con otra no acompaña.»
 Dijo, y de aquel, y deste rebatido,

Ni sabe á cuál herir, cómo, ni dónde,
 Que los tres, uno de otro confundido,
 Ninguno ve á quien da, ni á quien responde:
 Tal la discordia en ellos se ha encendido,
 Que el gran Bernardo al corzo, el corzo al conde,
 El conde á él, y dellos cada uno
 Con dos juntos se afirma, y con ninguno.
 Llegó bravo Reynaldos á este punto,
 Y viendo la confusa batería,
 Y al golpe de su espada puesto á punto
 El que siguiendo con furor venia,
 Con el que en su ofendido pecho junto
 Pudo caber á su Fusberta envia
 Sobre el dorado yelmo, que el ruido
 Le sacó por un rato de sentido.
 Quiso segundar otro, y otro luego;
 Mas despertó al primero, y pudo tanto
 La nueva sinrazon del furor ciego,
 Que dió de dos á Francia el primer llanto,
 Y al español coraje tanto fuego,
 Que aun del golpe hasta hoy dura el espanto,
 Pues hecho dos el yelmo de Mambriño,
 Con cuanto tenia dentro al suelo vino.
 Cayó, y de Montalvan y Claramonte,
 Toda la gloria junta vino al suelo,
 ¡Oh del mundo menor breve horizonte,
 Vida mortal, tasado paralelo!
 Sea á tu gran valor tumba este monte,
 Fama el blason, y la capilla el cielo,
 Pues tras tantas grandezas, de su mano
 No te dejó otra cosa el tiempo vano.
 Cayó tambien con él su leal Bayardo,
 O atronado del golpe poderoso,
 O que del signo triste el pasado tardo
 Allí acabó su curso perezoso,
 Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo
 Reynaldos al sepulcro temeroso,
 En cuya compañía el fiel caballo
 Muerto, nuevo dolor ponía mirallo.
 Asombró el golpe los vecinos valles,
 Y volvió el mas distante la cabeza;
 Roldan, que al paso está, volvió á miralles,
 Y de la herida viendo la fiereza:
 «¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,
 Donde hoy cae del imperio la grandeza!
 Fenezca aquí mi vida; ¡oh ciego hado!
 ¿Cómo tal fin á tal principio has dado?»
 Dijo, y ya con la rabia de la muerte,
 Por vengar de su primo el triste caso
 Al jayan fiero; cuyo brazo fuerte
 Vuelto enemigo le detiene el paso,
 Un golpe, y otro, y otro de tal suerte
 Furioso á un tiempo da, que al campo raso
 Fuera de todo acuerdo el rey Morgante
 A los piés vino del señor de Anglante.
 Y sin mas curar dél por la batalla
 Cruel se entra, á buscar la espada altiva
 De aquel en quien vengar piensa, si le halla,
 El muerto primo, y la congoja viva:
 Ve de lejos lucir su ardiente malla,
 Que á cada golpe un capitan derriba,
 Y que de uno el bizarro pecho abierto
 Al prado el duque Astolfo cayó muerto.
 Traspasó otro dolor su pecho ardiente,
 Y á matarle ó morir sale arrogante,
 Cuando en tropa gentil resplandeciente
 El paso le atajó un gallardo amante;
 El bello Ascanio, hijo del valiente
 Daque Estroci, que en brazo y brio triunfante
 Volvia de matar por su persona
 Cien franceses y un duque de Bayona.
 Era el brioso jóven heredero
 Del muerto duque y príncipe de Parma,
 A quien la seda, mas que el duro acero,
 La flor de sus lozanos miembros arma;

Mas aunque niño y tierno es altanero
 Y así el brio en su pecho toca al arma,
 Que despreciando el ocio de su tierra
 En busca de su honor vino á la guerra.
 De la prudente Emilia, dulce hermana
 Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,
 Unico alivio y prenda á la temprana
 Muerte infeliz de su querido esposo:
 Deseo del tierno primo, y de honra vana,
 Al bello Ascanio le quitó el reposo,
 Y entre una escuadra de toscana gente
 A la guerra le trajo á ser valiente.
 De cien mancebos de su edad ceñido
 De armas grabadas y plumeros bellos,
 Con ricas sobrevivistas de encendido
 Carnesi y oro, que alegraba el vellos;
 El fresco, altivo jóven, que al florido
 Rostro apuntaban los primeros vellos,
 En caballos tambien lozano y niño,
 De la color de un no manchado armiño.
 Hechas de la alheñada clin á trechos
 Bellas guedejas encrespadas de oro,
 La altiva frente, y los fornidos pechos,
 Llenos de un grave y bárbaro tesoro:
 Del precioso jaez los trozos hechos
 De varias piedras, que en crugir sonoro
 Hacían con orgulloso movimiento
 Temblar las plumas, y asombrarse el viento.
 Sus ricas armas, mas que el sol lucientes,
 De carbuncos cuajadas y diamantes,
 De alegres rayos dan luces ardientes,
 Que los aires abrasan circunstantes:
 La celada de plumas eminentes
 Blancas perlas esgrime por pinjantes,
 Sembrado el resto á trechos de follajes,
 Alcachofadas piñas y plumajes.
 La roja espada de oro guarnecida,
 De cristalina pedrería sembrada,
 De los bordados tiros detenida,
 En rica vaina de marfil grabada:
 La varia sobrevivista entretrejida
 Por su celeste azul plata escarchada,
 Y en sus bordados por divina traza
 Del bello Adonis la imprudente caza.
 Viáanse del fiero jabalí vengados
 Entre claveles sus perdidos tiros,
 Que si allá fueron flores de los prados,
 Aquí rubis ardientes y zafiros:
 Los bellos ojos del amor preñados
 De aljófar, y los labios de suspiros,
 Y su cárdeno cuerpo entre las flores
 Vertiendo sangre y derramando amores,
 Con tan bello primor, que sobrepuja
 A la verdad la historia dibujada,
 Dulces cuidados de la diestra aguja
 De su tierna y ausente esposa amada;
 La limpia lanza en la dorada cuja,
 La vista alegre, el alma enamorada,
 Cuyo capote y ceño, si se aira,
 Da gusto y regocijo á quien lo mira.
 Era el luciente yelmo que traía
 De perlas y diamantes estrellado,
 Donde un bello zodiaco ceñía
 La altiva cresta y el gorjal labrado:
 Los signos de diversa pedrería,
 Y en el vellon de Colcos de un dorado
 Topacio hecho un sol, cuyo fecundo
 Rayo un nuevo verano abría al mundo.
 Mas cuando en el fervor de la batalla
 Con su aliento el bruñido acero entibia,
 Del grave peso, y su dorada talla,
 Buscando aire el cabelló crespó alivia;
 Y al que delante su ventura halla,
 Aunque sea el risco del Peñol de Libia,
 De amores vence, y mata con la vista,

Que á ella, ó su espada, no hay quien se resista.
 Traía en el valiente y ancho escudo,
 Para mostrar la gloria que profesa,
 Sobre un peñasco de oro inculto y rudo
 De Alcides las columnas por empresa,
 Y señalando con lenguaje mudo
 La hermosura que en su alma vive impresa,
 En torno escrito de rubis, «si os viera,
 Sobre vuestra belleza las pusiera.»
 Agrada á todos su hermosura y brio,
 El solo, ni se estima, ni se precia,
 Que con desdenes, y áspero desvio,
 Su blanda condicion quiere hacer recia:
 Mas por bien que en compuesto señorío
 Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,
 Nunca su agrado pierde deleitoso,
 Que mientras mas airado es mas hermoso.
 Vuelven sus enemigos á otra parte
 Las lanzas por no herir el rostro bello,
 Y él de ese amor se ofende de tal arte,
 Que los querria despedazar por ello:
 Atiza sus enojos, y reparte
 Ira suave entre el placer de vello,
 Mas ya destas sus flores placenteras
 Las parcas van hilando las postreras.
 ¡Oh bello jóven! diestro en el bullicio
 De la caza sagaz y sus engaños,
 ¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio
 En lo mejor de tus floridos años?
 Aquel ya de tu edad fue propio oficio,
 Y tú incapaz de otros mayores daños,
 Mas dióte el hado en sangre y hermosura
 Mucho de estado, y poco de ventura.
 ¡Miseró! que fiado en tus engaños
 De Marte sigues el clarín sonoro,
 Para causar deleite á los estraños,
 Y á tu madre infeliz tormento y lloro;
 ¿Quién volvió azar tus florecientes años,
 Y agüero tus grabadas armas de oro?
 Rico trofeo, en quien la adversa suerte
 Principios dió de gloria, y fin de muerte.
 Había con su gallarda escuadra hecho
 Vistosos lances en la franca gente:
 Traspasó á Sergio el arrogante pecho,
 De la region gascona el mas valiente:
 Mató á Menon, á Galvo, y al contrecho
 Esquilo, en dulces versos eminente,
 Y á tí, sesgo Foscion, que no supiste
 Reir, ni llorar, ni estar alegre, ó triste.
 Pasó en diestro venablo la garganta
 A Démedes voraz, gloton, hambriento,
 Que despues que pasó á su vientre cuanta
 Renta dejó de Sergio el testamento,
 Se hizo alférez, y al fin por donde tanta
 Hacienda entró, tambien entró el violento
 Hierro, y fue en el tragar tan bruto y fuerte,
 Que cuando mas no halló tragó la muerte.
 Cual cachorro leon de poca prueba,
 Por los rebaños de Getulia ardientes,
 Que antes la madre le traía á la cueva
 Conformes á su edad pastos recientes,
 Sintiendo al cuello la guedeja nueva,
 Las corvas garras, y los limpios dientes,
 Corre lozano en torno la campaña,
 Y á volver á su cueva no se amaña:
 Así el hermoso Ascanio tras su muerte
 Por el francés ejército corria,
 Y en medio puesto de su escuadra fuerte
 Lucero entre celajes parecia;
 Cuando el rigor de la infelice suerte
 Al paso le sacó donde venia
 Del fiero conde Orlando la pujanza,
 A tomar en Bernardo cruel venganza.
 Asombróle el furor del francés fiero,
 Tembló en ver el denuedo que traía,

Faltaronle las fuerzas, y el entero
Brio que en su alma nueva amanecía:
Vió que la guerra pide mas que acero,
Y que no es la imprudencia valentía,
Echa de ver que es niño, y no bastante
Su fuerza á resistir á tal gigante.

Quiere volverse atrás, mas no le deja
La honrada sangre que en las venas tiene;
Teme el ir adelante, y en perpleja
Lucha el miedo y la honra le detiene:
Cúbrela un frio sudor, que la guedeja
De oro á llover menudo aljófar viene,
Y en triste agüero una amarilla sombra
Volando en torno con temor le asombra.

Cual blanco cisne á su castrar atento,
Si de las frescas juncias del Pó mira
El águila de Júpiter, que al viento
La sombra en torno de sus plumas gira,
No hallando abrigo á su furor violento,
Tiembala, suspende el canto y se retira,
Y en la tierra quisiera entrarse al centro
Por huir de sus uñas el encuentro;

Tal el hermoso jóven, que se halla
Al golpe puesto del francés gallardo,
Sin esperanza cierta en la batalla,
Ni á su espada cruel hallar resguardo:
No viendo ya razon con que excusalla,
De un frio miedo impedido el brazo tardo
Contra el conde le alzó, mas por defensa,
Que por hacer á su arrogancia ofensa.

Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,
Que viendo á su querido primo muerto,
Al tierno Adonis, y á su bella amante
Que hallara, atropellara sin concierto;
Al romano gentil que vió delante,
De plumas, oro, y pedrería cubierto,
Cual hambriento leon, que en diente y garra
Tierno cordero á su sabor desgarró;

Así, yendo á vengar su rabia ardiente
En el bravo español que le ha ofendido
Hallando sin pensar el inocente
Pecho, dió en él la furia y el bramido:
Retira el paso, oh jóven escelente,
Da lugar á que acuda tu querido
Primo, que ya á valerte con su escudo
La vuelta daba, mas llegar no pudo.

Que con tal furia á Durindana embiste
El conde sobre Ascanio, que á su acero
Ni el suyo basta, ni rigor resiste,
Que escudo y peto rebanó el primero:
Al segundo, anublado en muerte triste
El semblante poco antes placentero,
Cayó, y sintió al caer, mas que su muerte
La rota estampa de su escudo fuerte.

Bernardo que al morir su primo amado
En la defensa de su amor llegaba,
Con el nuevo dolor quedó atajado
De ver la prenda tal que en tanto amaba:
«Oh bello jóven, dijo, malogrado!
Oh enemigo cruel!; oh furia brava!
El poder todo que hay en los humanos
No te podrá dar libre de mis manos.»

Y arremetiendo al conde, que venia
En igual ademán y brio de dalia,
Un escuadron entero que huía,
Al uno y otro les tomó la calle:
Despartió su furor el que traía
El alterado campo, sonó el valle,
Y el alboroto y el tropel de gente
Los hizo dividir forzosamente.

Era esta grita un intrincado enredo
Del fiero ardor del bárbaro Morgante,
Que en espantable indómito denuedo
Huyendo la llevaban por delante;
Y no con armas, mas con solo el miedo,

Que es el miedo en el vulgo semejante
Al ruido que en la nube se levanta,
Que sin herir con amagar espanta.

Después que volvió en sí del golpe fiero
Con que le dejó Orlando sin sentido,
Rabioso en ver sus fuerzas, y su entero
Brio dos veces en un dia vencido;
Las ricas armas de templado acero,
Que ya en Libia ganó, quitó al fornido
Cuerpo, dando á los campos el tesoro
De la gran sierpe, y sus escamas de oro.

Y en impaciencia y voces turbulentas,
Bramando, vuelto al cielo, escupe y dice:
«Cobardes dioses! si á esas tan contentas
Sillas, que os sueña el mundo, no desdiche
El ser todos locura, y las afrentas
Vengar quereis, que ya en mi reino os hice;
Sino sois solo palos y pinturas,
Y tienen de deidad vuestras figuras;

Bajad todos á mí, ó volved al mundo
Cuantos en él tuvieren nombre y fama,
A Encélado el gigante, que el profundo
Valle de Etna recuece en viva llama,
Los que en Flegra con brio furibundo
Ya os hicieron huir de rama en rama,
Del horrible Briareo el bulto leve,
Que en cien brazos cien mazas juntas mueve;

Dad á Nembrot por báculo su torre,
Y por soldados cuantos budo en ella:
Nazca de nuevo Anteo, si se corre
De haber perdido su armadura bella;
Y sin que de su madre aparte y borre
La grave estampa, y la torcida huella,
La que en su ayuda, si á sazón le viene,
Juntos cuantos hermanos tuvo y tiene.

Saque Jason sus Argonautas fieros,
Ulises, Telamon, y el griego Aquiles
De nuevo multiplique compañeros
De leones hechos, no de hormigas viles;
Salgan de Troya y Grecia los guerreros;
Salgan Golias, Sanson y los sutiles
Judíos; salgan de Argos, y de Tebas,
Los crueles campos, y sangrientas grevas;

Salgan Hector y París, salga Troilo,
El fiel Tideo, el bravo Hipodemonte,
El fuerte Alcides, y el que en sabio estilo
Venció de Esfinge el cavernoso monte;
Turno, Eneas, Mecencio, Adastro, Egilo,
Teseo, y la arrogancia de Faetonte,
Y en su cruel hermandad, que á ira atice,
Rómulo y Remo, Eteócle y Polinice;

Salga mi antigua sombra, Capaneo,
Polifemo, y los hijos de Vulcano;
Y por no hacer mas áspero rodeo,
Ni el disgusto gastar el tiempo en vano,
Bajad, cobardes dioses, que no creo
Que hay otro que esta clava de mi mano,
Que si allá sube, y como aquí la afierra,
Con todo vuestro cielo dará en tierra.»

Así en blasfemas voces contra el cielo
Incautas iras y amenazas vierte,
Y con sola la clava á todo el suelo
Sin otras armas quiere dar la muerte:
Mató á Arbel, á Sitarco y á Sartelo,
A Eteo el rojo y á Gelon el fuerte,
Y á los dos primos Menedemo y Janto,
Este diestro en tañer, el otro en canto.

Degolló á Alceste, músico de flauta;
Y á los dos Sacrisildos arrogates,
Al honesto Episino, á quien incauta
Egila dió su amor seis dias antes;
Y entre otros al fantástico Argonauta,
Cuyas palabras eran semejantes
A los álamos blancos en el frato,
Y así nadie por él se puso luto.

Entero el campo su furor llevaba,
Como el fiero Orion si desarmado
Al esgrimir de su acerada clava
Hirviese el golfo del Proponto helado:
En el cuartel de Argasto peleaba
El gascon Mondevegas, de argentado
Arnés, y un coronado leon rapante,
Bandado á escaques de oro por delante.

Sobre este, tras la clava y su arrogancia,
Ya la muerte hajando iba derecha,
Cuando Alcín, que con él desde su infancia
Se habia criado en amistad estrecha,
Tan diestro, que á cien pasos de distancia
Clavaba á un tierno ruseñor su flecha,
Una á tiempo tiró tan oportuno,
Que el golpe de dos ojos quitó el uno.

Pensó hundir el mundo el corzo fiero
Con la rabia y dolor de la herida,
Y arrancando la flecha, y allí entero
El instrumento de la luz perdida,
Furioso arremetió contra el flechero
Por sacarle ambos ojos con la vida,
Cuando él, en igual tiento y puntería,
El otro le enclavó, y le escondió el dia.

Bramó el ciego jayan, resonó el valle,
Y arremetiendo á bulto el torpe Anteo
Al infeliz flechero, que por dalle
Mas bien no se guardó, cogió al voleo;
Y cayendo sobre él para libralle
No bastó de su amigo el fiel deseo,
Que allí á bocados le quitó la vida,
Y cien dardos la suya al homicida.

Ya en esto la fortuna, que suspensa
Neutral estado habia en la victoria,
Y en una variedad de casos densa
A unos y á otros sembraba vanagloria,
Queriendo dar á un cabo con la inmensa
Máquina de su rueda transitoria,
Comenzó á trastornar la vuelta estraña,
Francia á bajar, y á levantarse España.

Está el valle un sangriento lago hecho,
Sepulcro triste de la flor del mundo,
Y de sus bravos héroes trecho á trecho
Caido aquí el primero, allí el segundo:
El campo reducido á tal estrecho,
Que de la muerte el cruel brazo iracundo,
Ayudada de España y sus aceros,
A los dieces quitado habia los ceros.

No quiso la fortuna que tú fueses,
Francia, en el mundo sola la invencible,
Ni tu gloria lizar, sin que sintieses
De su pesada mano el golpe horrible;
Y así, después que puso tus franceses
De su arco en lo mas claro y mas visible,
Coronados de triunfos y blasones
De indómitas y bárbaras naciones;

Después que á tus banderas humillados
Entramos polos, y á tus lirios bellos
Humildes párias de honra dan postrados
Cuantos tuvieron ojos para vellos;
Después que del Oriente tus soldados
Los astros asombraron, y tras ellos,
Tan grande como el sol de playa en playa
De honra abrieron al orbe una ancha raya;

Hoy quiso desnudarte esa grandeza,
Que venia á tus bolgados miembros ancha,
Que aun para dalla junta á la braveza
De España le convino echarle ensancha,
Que como espera hacerla su cabeza,
La tierra hasta sus límites ensancha,
Criando nuevos mundos, en que tenga
Magestad que á la suya le convenga.

El grave Emperador, que en la batalla
Entró en su carro de marfil triunfante,
A quien de petos y dorada malla

iban seis mil tudescos por delante,
Gente insigne, y el cargo de mandalla
Al traidor Galalon, que en radiante
Escudo de lisonjas por mas mengua
Traia esta letra, «aquí, mas no en la lengua.»

Viendo el campo francés puesto en huida,
Sus bravos paladines destrozados,
Sus nobles capitanes de vencida,
A riesgo su persona y sus estados,
Ya la traidora pretension cumplida
Del bando magancés y sus privados,
La sangre helada, y el cabello yerto,
De pena está, como los suyos, muerto.

Mas con pecho magnánimo la gloria
Ajena encubre, y el dolor reprime,
Y ya que no en clarines de victoria,
En orden, porque nadie desanime,
Tocan á retirar; mas la nótoria
Ventaja ya de España, en voz sublime
Aclamando victoria, «España, España,»
Ningun francés se libra de su saña.

Está el campo de muertos tan cubierto,
Que el carro no descubre ni halla paso,
Cuyo falcado tiro el pecho abierto
Deja del que al pasar encuentra acaso:
Alguno medio vivo y medio muerto,
Entre el morir y aquel vivir escaso,
Cruel quebranta, y con la rueda altiva
La parte le llevó que tenia viva.

Otro le ve venir, y no pudiendo
El cuerpo desviar sin que le oprima,
El débil cuello abaja al peso horrendo,
Que con nuevo dolor le viene encima;
Y él de sus armas con el ronco estruendo
Pone en ver su furor espanto y grima,
Corriendo por las ruedas sangre y sesos
Pingües de las medulas de los huesos.

Llegó en esto á pasar el carro muerto
Por donde el gran Reynaldos muerto estaba,
Quedó el César en verlo tal, que el vivo
Mas que el muerto cabe él dolor causaba;
Y sin reparo ya del golpe esquivo
Huyendo al hado su violencia brava,
Del falso Galalon á toda instancia
En un caballo salta, y huye á Francia.

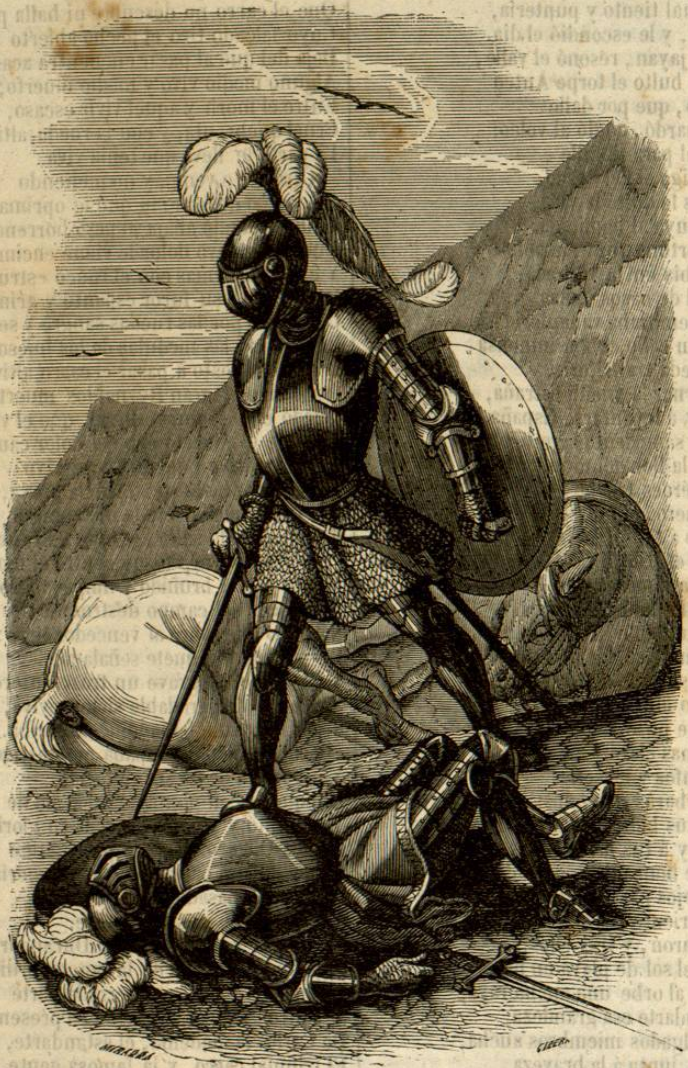
El obispo Turpin, que entre el morado
Manto vestia bruñido y limpio acero,
A recoger del campo destrozado
Salió, lo que sobró al vencedor fiero:
De plumas y roquete señalado,
Y en el escudo grave un trozo entero
Sobre oro de agradable siempreviva,
Y por letra «mi fama» puesto arriba.

Solo á este dejó España por testigo
Y coronista desta su victoria,
Aunque él con pluma en todo no de amigo
Ya intentó y supo oscurecer su gloria:
Halló á Oliveros muerto por castigo
De su alevoso padre, que en memoria
Del desafio pasado, en aquel valle
Acabó Montesinos de matalle.

Matóle, y tras su primo Durandarte
Siguiendo el rastro de la sangre ardiente,
Del monte por la mas cerrada parte
Se entró llorando el grave mal presente:
De Carlos la diadema, el estandarte,
El triunfal carro, y la famosa gente,
Hizo heróico trofeo, y dejó España
A Roncesvalles por tan grave hazaña.

Bernardo en tanto, ya que por su mano
Quitó á Rainer y á Don Dudon la vida,
Al viejo Naimo, y á Godofre, hermano
De Galvan el bastardo fratricida,
Al fiel Dardin Dardeña, al inhumano
Don Alberto de Fox, y la escogida

Sangre vertió de entrambos los Beltranes,
Hijo y padre, famosos capitanes,
A los dos Angelinos, y al prudente
Bibiano, ilustre príncipe en Saboya,
De la famosa sangre descendiente
Que á Hector derramó la suya en Troya,
Viendo sin órden huir la franca gente
De Roncesvalles por la inculca hoya,
Espuelas á su leal caballo arrima,
Y así á los suyos al alcance anima:
«Aun no está Francia en su altivez rendida
Si esa gente que huye le dejamos,
Que se alabe de haber abierto herida
En los que sin vengarla nos quedamos:
Dirá que la desórden fue fingida,
Y que seguirla de temor no osamos,
Pues le duró viniendo á nuestra tierra
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.



Viendo las altas plumas campeando,
El caballo hirió y su pecho el gozo;
Cuando hácia él venir al conde Orlando
Vió, y con gallardo brio y alborozo,
Dejando la primera empresa entera,
Esta segunda escoge por primera.
Cual generoso leon, que entre el rebaño

De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar, y de hacer daño,
Las garras lame, y el sangriento pecho;
Si un dragon ve venir de bulto extraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin, y aire brioso,
Se arroja al enemigo poderoso;

Id pues sin orden en monton confuso,
Y pasad adelante al que ahora huye,
Volvedme hácia España ese difuso
Campo que así el vencer nos disminuye:
Creed que es nuevo ardid de guerra intruso,
Que cuando mas no puede nos destruye
La victoria, y los triunfos vuelve vanos,
Quitando lo mejor de nuestras manos.
Seguid el roto alcance, y diferente
De lo que ellos pretenden les hiramus,
No en las espaldas, sino frente á frente,
Con que mayor el vencimiento hagamos:
Sino es honra vencer cobarde gente,
Ya que vencido habeis, no consintamos
Que á los bravos de Francia ya sin vidas
Por cobardes los den vuestras heridas.»
Dijo, y contra Turpin, que acaudillando
Iba del roto campo el gran destrozo,

Así el bravo español viendo de lejos
Lucir las armas del señor de Anglante,
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponerse delante,
Herida el alma de los tristes dejos
Del malogrado primo y tierno amante,
Bien que el Marte francés al desafío
No salió con menor aliento y brio.
Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
Y en deseos de venganza: «oh fiero hispano,
Dijo, que el mundo á golpes has deshecho,
¿Quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarla igual cuidado vano,
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
Sino el agravio la honra reparada.»

Así dijo, y cual dos dragones fieros,
Que en los marsilios campos con la ardiente
Ponzoña que vomitan los postreros
Arboles se arden, y su hervir se siente,
Gimen las costas y escamados cueros,
Tiempla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llenas;

Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, coraje y desconciertos;
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajadas cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana
A dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado, ni la sana
Pasta, valerle en su defensa pudo,
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.

Y él viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada, y levantado el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su inviolable acero.

Antes llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él de ver su arnés roto, y el herido,
Quedó mas que del golpe sin sentido.

La vista absorta y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado:
Mas ya del breve frenesi despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo altivo,
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano,

Que solo rige el estrellado coro,
Con los membrudos ciclopes el vano
Aire retumba en eco mas sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados, los cabellos,
Da las vueltas, vaivenes y reveses,
Ni ya pueden aquí ni allí llevarlos;
Hechas sangrientas rajadas los arneses,
Por ver si así podrán mejor cobrarlos
A brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima
La punta es de rigor que mas lastima.

Dió el francés á Bernardo una herida
Tan á sazón, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida,
Mas cuando ya volvía á segundalle,
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas:

Y antes que hallase tiempo conveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
Bajó gimiendo por los aires vanos:
La celada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el conde, del ruido
Quedó atronado el uso del sentido.

Queríale ya dejar y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa:
«Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas, oh alma dichosa;
Muere ahora, cruel, muere, homicida,
Que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo, y alzando el brazo vengativo,
Al dar sobre él la fiera arma encantada
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heroica frente, y la enemiga espada;
Cayó muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre su alma arrebatada
Feroz voló á su esfera, y su gallardo
Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo:

ALEGORIA.

Las persuasiones de Galalon al César muestran claro,
cómo á los príncipes hasta de su misma destrucción ha-
cen lisonjas conque paladeables el gusto: y los agujeros
que se ven en el aire antes de la batalla, significan las
inspiraciones que envía el cielo para despertar la obsti-
nacion de un ánimo rebelde, que se hace sordo y dor-
mido, rompiendo con la ambicion todos los respetos y
temores humanos: y en ser Morgante quien hace esto
el primero, sin hallarse Orimandro en la batalla, es
señal que toda ella procedió de una voluntad desenfre-
nada y sin luz de entendimiento. En la discordia de
Bernardo, Orlando, y Morgante, se muestra cómo la
soberbia y arrogancia, ni aun en su favor no admite
compañía; y en la hermosura de Ascanio, lo poco que
puede la confianza humana cuando no viene apoyada
en grandes fundamentos de virtud: y en las muertes de
Reynaldos y los demás paladines y últimamente en la
de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo
con la espada Basilarda, muestra como no hay encan-
tamiento, armas, ni defensa que basten contra la
muerte.